

mejor partido de ellas. Cuando supo en qué consistían nuestras mercancías:

“Esos objetos, nos dijo, no sirven mas que para los árabes del desierto; siento decíroslo; pero os será imposible llegar hasta ellos, y aun cuando pudiérais lograrlo, correríais riesgo de perderlo todo y aun la vida, porque los beduinos son codiciosos y muy osados; querrán apoderarse de vuestras mercancías, y si oponéis la menor resistencia, os asesinarán de cierto. Sois personas de honor y delicadeza, y os será imposible soportar su grosería; os hablo así por puro interés por vosotros, porque yo tambien soy cristiano. Creedme, abrid aquí vuestros fardos, vended cuanto podíais y volvedos en seguida á Alepo, si quereis conservar vida y hacienda.”

Acababa apenas de decirnos esto, cuando los principales vecinos del pueblo, reunidos en su casa para vernos, empezaron a contarnos historias tremendas: uno nos dijo que un buhonero, que venia de Alepo é iba al desierto, fué saqueado por los beduinos y se volvió en cueros: otro supo que un mercader de Damasco habia sido asesinado: todos estaban acordes sobre la imposibilidad de penetrar entre las hordas de los beduinos, y procuraban, por todos los medios posibles, disuadirnos de tan arriesgada empresa. Ya veia yo al señor Lascaris irse turbando; volviése hácia mí y me dijo en italiano, para que no lo entendieran los otros:

—“*¿Cosa dite di questa novità, che mi ha molto scoragito (1)?*”

—“No creo, le respondí, en todas esas historias, y aun dado que fueran ciertas, todavía deberíamos perseverar en nuestro proyecto. Desde que me habeis anunciado vuestra intencion de ir entre los beduinos, he renunciado á la esperanza de volver á ver mi patria, considerando los treinta dias que me concedísteis en Alepo para divertirme, como mi despedida del mundo. Considero nuestro viage como una verdadera campaña, y el que parte para la guerra, si está bien resuelto, no debe pensar en la vuelta. No nos desalentemos; aunque Hasaf es un jeque (2), tiene esperiencia y entiende bien los intereses del gobierno de su pueblo, no puede tener ninguna idea de la importancia de nuestros asuntos, por lo cual soy de parecer de que no se le vuelva á hablar de nuestro viage al desierto, y de que pongamos nuestra confianza en Dios, que es el gran protector del universo.”

Estas palabras produjeron su efecto en el señor Lascaris, quien me dijo abrazándome tiernamente:

—“Querido hijo, pongo toda mi esperanza en Dios y en tí; veo que eres hombre resuelto; es-

(1) ¿Qué decis de esa novedad, que me ha desanimado mucho?

(2) Anciano.

“ toy contentísimo de tu entereza de carácter, y
 “ espero conseguir mi objeto con ayuda de tu va-
 “ lor y de tu constancia.”

En seguida fuimos á acostarnos, igualmente sa-
 tisfechos uno de otro. Empleamos el dia siguien-
 te en recorrer el pueblo, que contiene sobre dos-
 cientas casas y cinco iglesias: los vecinos, cristia-
 nos siriacos, fabrican *machlas* y *abas* negros, y se
 ocupan muy poco en el cultivo de la tierra, para el
 cual les falta agua; en todo el pueblo no hay mas
 que una fuentecilla, que apenas basta para regar
 los jardines, cosa absolutamente necesaria donde la
 lluvia es tan rara:—hay años en que no llueve ni
 una sola vez. Las cosechas del territorio bastan
 apenas para seis meses, y lo restante del año los
 vecinos tienen que recurrir á Homs. En me-
 dio del pueblo se alza una torre antigua de una
 altura prodigiosa, y que data de la fundacion
 de una colonia, cuya historia nos contó el jeque:
 sus fundadores eran oriundos de Trípoli de Si-
 ria, donde todavía ecsiste su iglesia. En los tiem-
 pos mas florecientes del imperio de Oriente, los
 griegos, llenos de orgullo y rapacidad, tiraniza-
 ban á los pueblos conquistados: el gobernador de
 Trípoli ejercia contra los habitantes todo linage
 de insultos y atrocidades; y estos, poco numerosos
 para resistir, y no pudiendo ya tolerar aquel yugo,
 se concertaron en número de trescientas familias,

y habiendo reunido en secreto cuantos objetos de
 valor podian llevarse, partieron con sigilo á media
 noche, fueron á Homs, y de allí se dirigian hácia
 el desierto de Bagdad, cuando los alcanzaron las
 tropas griegas que el gobernador de Trípoli habia
 enviado en su seguimiento, y contra las cuales
 sostuvieron un reñido y sangriento combate; pero
 harto inferiores en número para vencer, y no que-
 riendo á ningún precio sufrir de nuevo la tiranía
 de los griegos, entraron en negociacion y obtuvie-
 ron el permiso de construir una aldea en el sitio
 mismo del combate, obligándose á ser tributarios
 del gobernador de Trípoli. Estableciéronse pues
 en este sitio, que está á la entrada del desierto, y
 llamaron á su aldea Saddad (obstáculo.)

Esto es cuanto dice la crónica siriaica.

Los habitantes de Saddad son valientes y man-
 sos de condicion. Abrimos nuestros fardos y pa-
 samos algunos dias con ellos para probar que éra-
 mos verdaderamente mercaderes:—las mugeres nos
 compraron mucho lienzo de algodón colorado para
 hacer camisas; no nos ocupó mucho la venta; pero
 tuvimos que aguardar la llegada de los beduinos á
 los cercanías. Un dia, habiendo sabido que ecsis-
 tia á cuatro horas del pueblo, una ruina considera-
 ble y muy antigua en la que se hallaba un baño
 de vapor, nuestra curiosidad, y deseoso el señor
 Lascaris de visitarla, suplicó al jeque que nos diese

una escolta. Despues de cuatro horas de camino hácia el sudeste, llegamos al centro de una gran ruina donde ya no hay mas que una sola estancia habitable: su arquitectura es muy sencilla; pero las piedras son de un tamaño prodigioso. Al entrar en aquella estancia, vimos una abertura de dos pies cuadrados de donde salia un denso vapor; tiramos por ella un pañuelo, y en un minuto y medio, con el reloj en la mano, volvió á salir y cayó á nuestros pies. Hicimos el mismo experimento con una camisa, y al cabo de diez minutos, volvió á subir como el pañuelo; nuestros guias nos aseguraron que un *machlas*, que pesa diez libras, saldria del mismo modo.

Nos desnudamos, nos pusimos al redeedor del boquete, y á pocos instantes ya estábamos cubiertos de un abundante sudor que nos corria por el cuerpo; pero el olor de aquel vapor era tan insoportable, que no pudimos aguantarle por mucho tiempo: al cabo de media hora nos volvimos á vestir, experimentando un indecible bienestar. Dijéronnos que aquel vapor era efectivamente muy saludable y curaba un gran número de enfermedades:—de vuelta en el pueblo, cenamos con gran apetito y no me acuerdo de haber disfrutado nunca un sueño mas delicioso.

Como nada nos quedaba por ver en Saddad ni en las cercanias, resolvimos ponernos en camino

para la aldea de Corietain, y cuando hablamos de esto á Naufal, nos aconsejó que mudásemos de nombres, pues los nuestros podrian hacernos sospechosos á los beduinos y á los turcos: desde entónces el señor Lascaris tomó el nombre de jeque Ibrahim el Cabressi (el Chipriota) y me dió el de Abdalla el Knatib, que significa el escritor.

Diónos el jeque Hasaf una carta de recomendacion para un cura siriano, llamado Mousi, nos despedimos de él y de nuestros amigos de Sabdad, y nos pusimos en camino muy de madrugada. Al cabo de haber andado cuatro horas, llegamos entre las dos aldeas Mahin y Haurin, situadas á diez minutos una de otra; no tienen cada cual mas que unas veinte casas, la mayor parte arruinadas por los beduinos, que vienen de cuando en cuando á talarlas. En el centro de estas aldeas se halla una alta torre de construccion antigua: los vecinos todos musulmanes, hablan el lenguaje de los beduinos y se visten como ellos. Despues de haber almorzado y llenado nuestras odres, continuamos nuestra marcha por espacio de seis horas, y hácia el anochecer llegamos á Carietain, á casa del cura Mousi, que nos ofreció la hospitalidad:—al dia siguiente nos llevó á casa del jeque Selim-el-Dahase, sugeto muy apreciable, que nos recibió perfectamente, y que cuando supo el motivo de nuestro viaje, nos hizo las mismas observaciones que el jeque de Saddad. Respondimosle que conociendo

toda la dificultad de nuestra empresa, habiamos renunciado á avanzar hasta el desierto, contestándonos con ir hasta Palmira á vender nuestras mercancías.

“Eso es todavía mas difícil, repuso, por que los “beduinos pueden encontrarnos y saquearnos,” y entónces empezó á contarnos mil cosas tremebundas de los beduinos; y como el cura confirmaba lo que nos decia el jeque, estábamos á punto de desanimarnos, cuando sirvieron el almuerzo, con lo que se mudó la conservacion y tuvimos tiempo para reponernos de nuestra pavora.

El jeque Selim es uno de los que están obligados á proveer á las necesidades de la caravana de la Meca, juntamente con el jeque de Palmira; su contingente consiste en doscientos camellos y en provisiones de boca. De vuelta en nuestra casa, jeque Ibrahim me dijo:

“Y qué piensas, hijo mio, de todo lo que acaba de decirnos jeque Selim?”

“No hay que hacer mucho caso, le respondí, de lo que cuentan los vecinos de estos pueblos, siempre en guerra con los bēduinos, pues no deben ser muy amigos. Nuestra posicion es muy distinta; nosotros somos comerciantes, vamos á vender nuestras mercancías á los beduinos y no hacerles la guerra; portándonos bien con ellos, no veo el menor riesgo para nosotros.” Estas palabras le tranquilizaron un poco.

Pocos dias despues de nuestra llegada, para sostener nuestro papel de mercaderes, abrimos nuestros fardos en la plaza, en medio del pueblo, delante de la puerta del jeque, y vendí algunos objetos á las mugeres, que me pagaron en dinero. Los ociosos se reunian al rededor de nosotros para hablar; uno de ellos, muy jóven, llamado Hesaisoun-el-Kratib, me ayudaba á recibir el dinero y á ajustar las cuentas con las mugeres y los muchachos, mostrando el mayor celo por mis intereses. Un dia, hallándome solo, me preguntó si era capaz de guardar un secreto.

“Mirad á lo que os obligais, me dijo; se trata “de un secreto que no hay que confiar á nadie, “ni aun a vuestro compañero.” Díle mi palabra de guardarle, y me dijo que a una hora del pueblo, habia una gruta, en la que se hallaba una tinaja llena de zequies, y me dió uno de ellos asegurándome que no podia servirse de aquella moneda que no corria en Palmira.—“Pero vosotros, continuó, “que vais de pueblo en pueblo, podreis cambiarla fácilmente; vosotros teneis mil medios, que á mí me faltan, de aprovecharos de ese tesoro; sin embargo, no quiero daros el total, aunque deo el repartimiento a vuestra generosidad. Vendreis conmigo a reconocer los sitios, trasportarémos ese oro poco a poco en secreto, y me daréis mi parte en moneda corriente.”

En vista del zequí dí crédito a lo que me decia, y le cité fuera del pueblo para la mañana siguiente muy temprano.

Levántome ántes de rayar al alba y salgo como para pasearme. A pocos pasos del pueblo hallo á Hesaieoun que me estaba aguardando, armado con una escopeta, un sable y dos pistolas.

Yo no llevaba por única arma mas que mi larga pipa; anduvimos cosa de una hora; ¡con qué impaciencia buscaba yo con los ojos la gruta! Al fin la veo, y pronto entramos en ella; miro por todos lados buscando la tinaja, y como no la veo, me vuelvo á Hesaieoun:

—“¿Dónde está la tinaja?” le dije.

Púsose muy pálido y me respondió:

—“Sábetete que ya ha llegado tu última hora: ya hubieras muerto si no hubiera temido manchar con sangre tus vestidos. Antes de matarte quiero despojarte; con que así desnúdate y dame tu saco de dinero, pues sé que le traes contigo, debe contener mas de mil doscientas piastras que yo mismo he contado, que es el precio de las mercancías que has vendido. De aquí no saldrás vivo.

—“Perdóname la vida, le dije con ademan suplicante, y te daré una suma mayor que la que contiene mi saco, y te juro que a nadie hablaré de lo que aquí ha pasado.

—“No puede ser, me respondió; esta gruta ha de servirte de sepultura; no puedo dejarte la vida sin esponer la mia.”

Juréle mil veces que callaria, le propuse firmar un pagaré de la suma que él mismo fijase; pero nada pudo disuadirle de su horrible intento. En fin, cansado de mi resistencia, deja sus armas junto á la pared y se arroja sobre mí como un leon para robarme ántes de matarme. De nuevo le suplico diciendo:

—“¿Qué daño te he hecho? ¿qué enemistad existe entre nosotros? ¿No sabes que está cerca no el dia del juicio? ¿que Dios pedirá cuenta de la sangre inocente?”

Pero su empedernido corazon nada escucha.... Pienso entónces en mi hermano, en mis parientes, en mis amigos; creo ver presentes a todos los objetos de mi amor, y, desesperado, no pido proteccion mas que a mi Criador. ¡Oh Dios mio! ¡protector de los inocentes! ¡Dadme fuerzas para resistir!.....

Mi asesino, impaciente, me arranca mis vestidos..... Aunque era mucho mas alto que yo, Dios me dió fuerzas paea luchar contra él durante cerca de media hora; la sangre corria por mi rostro; mis vestidos estaban hechos pedazos. El infame, viéndome en aquel estado, toma el partido de ahogarme, y levanta el brazo para asirme el cue-

llo; aprovecho el momento de libertad que me deja aquel movimiento para darle, con los dos puños un golpe en el estómago, tiro boca arriba, y cogiendo sus armas, salgo de la gruta corriendo a todo correr; apenas creia en la dicha de verme salvo pocos momentos despues oí correr detras de mí;— era mi asesino, que me llamaba rogándome que le aguardase con tono muy pacífico. Como yo llevaba todas las armas, no temí pararme un momento y volviéndome hácia él:

—“Malvado, le dije, ¿qué me quieres? Has intentado asesinar me en secreto, y tú eres el que vas á ser ahorcado públicamente.”

Respondióme, asegurándolo con juramento, que todo aquello no habia sido mas que una broma, que habia querido probar mi valor y ver como me defenderia.

—“Pero, añadió, veo que eres un niño, pues tanto te formalizas.”

Respondí, apuntándole con la escopeta, que si daba un paso mas le disparó un tiro: viéndome resuelto à hacerlo, huyó con direccion al desierto, donde el jeque Ibrahim, el cura y Naufal empezaban à estar cuidadosos por mi ausencia: el primero, sobre todo, sabiendo que yo no solia alejarme sin avisarle, fué, despues de haberme esperado dos horas, á casa del jeque, quien, participando de su inquietud, puso á todo el pueblo en mi busca. En fin, Naufal, viéndome esclama:

—¡Aquí está!

Selim cree que se engaña, y aun cuando me acerqué á ellos, apenas me conocian. El señor Lascaris vuela hácia mí y me abraza llorando; casi no puedo hablar; me llevan a casa del cura, me lavan las heridas y me meten en la cama; al cabo cobré aliento para contar mi aventura. Selim envió unos cuantos ginetes en persecucion del asesino, dando a su negro el cordon con que debia ahorcarle; pero volvieron sin haber podido alcanzarle, y pronto supimos que habia entrado al servicio del bajá de Damasco. Desde entonces no volvió á parecer por Corietain.

Al cabo de pocos dias mis heridas empezaban á cerrarse, y pronto recobré las fuerzas. Jeque Selim, que me habia cobrado mucho cariño, me trajo un catalejo descompuesto, diciéndome que seria hombre muy hábil si lograba componérsele. Como todo lo que habia que hacer para ello era poner un vidrio, le compuse sin dificultad, y tan contento quedó de mi maña que me dió el dictado del industrioso.

Poco tiempo despues, supimos que los beduinos se acercaban á Palmira y ya se veian algunos hasta por las cercanías de Corietain. Un dia llegó uno llamado Selame Hasan: en casa de Selim estábamos cuando entró; trajeron el café y mientras

le tomábamos, varios vecinos vinieron á ver al jeque y le dijeron:

—“Hace ocho años, en tal sitio, Hasan mató á un pariente nuestro; venimos á pedir justicia contra el matador.”

Hasan negaba el hecho y preguntaba si habia testigos.

—“No los hay, respondieron; pero se te ha visto pasar solo por tal camino y poco despues hallamos muerto en él á nuestro pariente; sabemos que mediaban entre vosotros motivos de rencor, luego es seguro que tú eres su asesino.”

Hasan seguia negando, y el jeque, que temia mucho á los beduinos, y que ademas no tenia pruebas positivas contra él, cojió un pedazo de palo y dijo:

—“Por el que creó esta vara, jura que no has matado á su pariente.”

Cogió Hasan el palo, le estuvo mirando algunos instantes y bajó los ojos; luego levantando la cabeza hacia los acusadores:

—“No quiero, dijo, tener dos crímenes sobre el corazón, uno el de ser matador de este hombre, y otro el de jurar en falso delante de Dios. Yo he sido el homicida de vuestro pariente: ¿qué queréis por precio de su sangre? (1)” El jeque

(1) Segun las leyes árabes, el homicidio se redime con dinero, fijándose la suma con arreglo á las circunstancias.

El jeque, por consideracion á los beduinos, no quiso proceder con todo el rigor de las leyes, é interesándose en la negociacion de los presentes, decidióse que Hasan pagaria trescientas piastras á los deudos del muerto. Cuando se le pidió esta suma respondió que no la llevaba consigo; pero que la traeria á los pocos dias, y como no querian dejarle salir sin fianza:

—“No tengo fianza que dar, añadió; pero aquel cuyo nombre no he querido profanar con un juramento en falso, responderá por mí.”

Partió y á los cuatro dias volvió trayendo quince carneros que valian mas de veinte piastras cada uno. Este rasgo de buena fé y de generosidad nos encantó y nos sorprendió al mismo tiempo. Deseamos trabar conocimiento con Hasan; jeque Ibrahim le convidó á ir á su casa, le hizo algunos regalos y por este medio nos hicimos amigos íntimos. Díjonos que era de la tribu El-Amur, cuyo caudillo se llama sultan el Brrak: esta tribu, compuesta de quinientas tiendas, se considera como parte de la poblacion del pais, porque no deja las orillas del Eufrates cuando emigran las otras tribus. Vende carneros, camellos y manteca en Damasco, Homs, Hama, &c. Los vecinos de estos diferentes pueblos suelen tener un interés en sus rebaños.

Un dia dijimos á Hasan que queriamos ir á Palmira á vender los géneros que nos quedaban,